

EL ACUEDUCTO HABANERO DE FERNANDO VII

Por Roig de Leuchsenring

Sabido es que en los primeros tiempos del establecimiento de La Habana en su lugar definitivo, los vecinos se abastecerían del agua de un jagüey o cisterna, que Arrate y otros historiadores antiguos sitúan en la desembocadura del río Luyanó. Según los datos que aparecen en las Actas Capitulares, puede afirmarse que este aljibe, nunca río, como algunos han supuesto, se hallaba en la "otra banda", o sea del otro lado de la bahía, frente a la villa, y que podía llegarse al mismo, ya por mar, cruzando la bahía, ya por tierra, bordeando ésta, hasta el sitio donde se encontraba.

Pero a medida que crecía la población se fué comprobando la insuficiencia de este sistema de abastecimiento y también el de los pozos abiertos en edificios públicos y casas particulares, siendo necesario acudir al río Almendares, "único curso de agua que verdaderamente merezca el nombre de río en las inmediaciones de La Habana, por su caudal y por la constancia de su régimen, en la estación de secas", según afirma el ingeniero Francisco de Albear y Lara, en el capítulo de su Memoria de 1856, dedicado al estudio del Antiguo y actual abasto de agua en La Habana.

Y, en efecto, ya en 1550 se preocuparon el gobernador Pérez de Angulo y los señores capitulares --según cabildo de 31 de agosto-- de cuan conveniente é provechosa cosa sería a esta villa é a los vecinos é moradores della é a los pasajeros é maestros de navíos que vie-

nen á este puerto que se trugese á esta villa el agua de La Chorrera", o sea del actual Almendares.

Para la construcción de este acueducto, se acordó en 1548 un impuesto llamado sisa de la Zanja, sobre los navíos que arribasen a La Habana, pero no fué hasta 1566 que se comenzaron las obras por el maestro mayor de la Fortaleza, Francisco de Calona, siendo terminadas por el ingeniero Juan Bautista Antonelli, el año 1592, a un costo de 35,000 pesos y una longitud de dos leguas, desguando en el boquerón abierto en un muro en el antiguo estero existente en lo que es hoy Plaza de la Catedral. En ese lugar se conserva una lápida ~~rememorativa~~ que dice así: "Esta agva traxo el Maesse de Campo Iván de Texeda, anno de 1592".

Durante 243 años (1592-1835) fué la Zanja Real el único acueducto que abasteció a la ciudad de La Habana.

Pero como afirma Albear en la obra citada, si el agua de la Zanja era "excelente para riegos y muy útil para los trabajos del arsenal", resultaba aquélla "un pésimo medio de conducción de aguas potables: las suyas son generalmente impuras, sucias, repugantes y malsanas; de aquí la multitud de pozos y aljibes que se construyeron en ese espacio de tiempo, tanto en las casas particulares como en los edificios públicos y del Estado; recurso del rico siempre insuficiente y escasísimo y hasta nulo en las grandes secas".

Todos estos inconvenientes y el crecimiento de la población, impulsaron al capitán general Francisco Dionisio Vives y al superintendente de Hacienda, conde de Villanueva, a recomendar a S.M. la construcción de un nuevo acueducto.

Aprobadas las bases del mismo comenzaron las obras en 1831, terminándose en 1835, con un costo de 977,100 pesos. Con muchas dificultades, obstáculos y oposiciones tropezó Martínez de Pinillos para llevar adelante su proyecto, por parte del cuerpo de ingenieros, corporacio-

nes y departamentos oficiales, lográndose que el rey adelantase, por Real Hacienda, todos los gastos.

Dice Albear que "entre las ideas que con este motivo se presentaron para traer el agua, ya de los manantiales de Vento, ya tomándola del río en diversos puntos de su curso, eligióse la de conducir el agua por cañería de hierro desde el mismo Husillo; desechando la de encañar la Zanja Real y rehuyendo las dificultades que la conducción desde Vento presentaba, a pesar de la insistencia con que sostuvo este último pensamiento el maestro mayor de fortificación don Francisco Gómez".

Se utilizó la misma presa del Husillo para la toma del agua, mediante un caño descubierto de sillería, que la conducía, primero, a los estanques y decantación, al descubierto, y después a los de filtración, cubiertos, o sea la Casa de Filtros que acaba de sufrir los estragos del incendio referido. De los filtros, dice Albear, que en ellos entra el agua "y pasa a cada una de las cuatro partes en que están divididos por movimiento horizontal, al través de un corto espesor de arena y grava"; y de la casa afirma: "la fábrica de este edificio es buena y hecha a todo costo".

Del extremo N. de la última división de los filtros seguía el agua por un tubo de 18 pulgadas de diámetro interior, hasta atravesar la Ciénaga en el Cerro y llegar a la Calzada del Monte, donde se reducía su diámetro a 14 pulgadas, continuando hasta la Puerta de Tierra de la Plaza, y se ramificaba allí para el servicio de la ciudad. Su extensión era de 7,500 metros y la diferencia de nivel, desde los filtros a la Puerta de Tierra, de unos 22 metros.

Dos lápidas situadas a ambos lados de la puerta principal de la Casa de Filtros, dejaron constancia de la fecha y constructores de este acueducto, lápidas que se conservaron hasta que el fuego las partió en pedazos que yo encontré al visitar dicha casa después del incendio, en compañía de los funcionarios del Departamento de Urbanismo Municipal, mis amigos José M. Bens Arrarte y Angel Suárez Rocabruna, y se

han recogido para su conservación en el Museo de la Ciudad de La Habana, mientras se resuelve la reconstrucción del edificio. La lápida de la derecha dice: "Esta obra fué realizada por el Excelentísimo Señor Conde de Villanueva en virtud de la Real Orden del año 1835". Y la de la izquierda: "La dirigió el coronel Castro y la parte administrativa estuvo a cargo del intendente de provincia Don José María Correa".

El 10 de mayo de 1835, a las 5 de la tarde y según refiere el Diario de La Habana, se procedió en presencia del capitán general don Miguel Tacón y del conde de Villanueva y otras personalidades de la colonia, reunidos todos en el Husillo, "de hacer venir el agua por el nuevo Acueducto de Fernando VII hasta donde llega ya la cañería, que es más acá del puente de Chávez... Se llenaron los tanques centrales que abastecen el acueducto y con sólo abrir 64 de los 152 filtros laterales se hizo correr el agua, después de abrir los respiraderos para dar salida al viento y que no obstruya el curso de las aguas se hizo lo mismo con el caño de desagüe y la comitiva se dirigió al Cerro para encontrarse en el punto hasta donde llega la cañería actualmente presenciando la llegada del agua a ese punto a las seis y media de la tarde".

El periódico felicita a los propulsores de la obra, gobernador, conde de Villanueva y "a los rectores de ella coronel de ingenieros Miguel Pastor y don Francisco Gómez"; pero en el número del día siguiente rectifica la información, aclarando que Pastor es el verdadero director y ejecutor de la parte facultativa, y el segundo solo maestro mayor de la obra, habiendo corrido con la parte administrativa José María Correa. Como se ha visto, Gómez quedó eliminado de la lápida. Se agrega, que "el agua estuvo corriendo hasta las seis de la mañana de ayer (día 11) y a las nueve de anteanoche salía ya por boca del tubo en el puente de Chávez tan pura y cristalina como lo está en los receptáculos del Husillo. A las nueve de este día (12) empezará a correr de nuevo y continua-

rá hasta la noche".

También en el puente de Chávez se dejó constancia de la construcción del acueducto, reedificándose aquél y colocando una lápida que así decía: " A la munificencia de Fernando VII debe La Habana este acueducto, lo promovió y llevó a efecto el conde Villanueva. Año 1835".

Poco a poco se fué tendiendo la red de tubería, y en diversos números del diario ya citado de ese año y del siguiente encontramos anuncios a los vecinos de las calles de "que se va a poner cañería de tubos de hierro...para que los que gusten poner pajas de agua en sus habitaciones se dirijan en tiempo oportuno a solicitarlas del señor intendente don José María Correa que vive en la calle de Compostela, Plazuela de Santa Teresa". En Mayo del 36 se entubó la calle de Mercaderes y la de Aguila; en octubre, la de Muralla...

Pero este nuevo acueducto no dió el caudal de agua que se esperaba, por lo que fué necesario continuar utilizando las de la Zanja Real y de los aljibes y pozos, a tal extremo que según Luis Morales y Pedroso en su estudio El abasto de agua en la ciudad de San Cristóbal de La Habana, en la época de la construcción de dicha acueducto existían, además de varias fuentes y surtidores públicos, 895 aljibes y 2,976 pozos, sin que quedaran satisfechas las necesidades del vecindario.

Estas deficiencias las atribuye el ingeniero Albear a no haberse tomado el agua directamente de los manantiales de Vento y haberse cometido errores "en el cálculo de la cantidad de agua, que la hizo aparecer más de diez veces mayor de la que había de ser en realidad".

Al fin, el año 1856, el insigne habanero Albear, logró dar solución adecuada a tan trascendente problema, mediante la construcción de un nuevo acueducto que tomase las aguas de los manantiales de Vento,

en el margen izquierdo del río Almendares, Don Carlos de Pedroso donó los terrenos necesarios para el emplazamiento de las obras y el proyecto de Albezar, obra maestra de ingeniería hidráulica, fué aprobado por R.O. de 5 de octubre de 1858; las obras comenzaron el 28 de noviembre del mismo año, terminándose en 1893".

Cafteles, La Habana, Junio 22, 1947.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA